

## Nuevas tendencias en la reciente novela colombiana de la violencia

Por Lancelot COWIE\*

EXISTE UNA PERIODIZACIÓN DE LA VIOLENCIA en Colombia que muchos estudiosos han plasmado como punto de partida para el estudio de este fenómeno en la literatura. Sus inicios se identifican entre los años 1946 y 1950, su apogeo entre 1951 y 1958 y el descenso y erradicación entre 1959 y 1966.<sup>1</sup> La etapa de la cual se ocupa esta presentación es posterior a éstas y abarca la guerra de guerrillas, la narcoguerrilla y el narcoterrorismo;<sup>2</sup> sin embargo, la nueva narrativa de Colombia también representa el fenómeno de la violencia juvenil en *La resignada paz de las astromelias* (2002) de Rubén Darío Zapata Yepes, *Verdugo de verdugos* (2002) de Fabio Restrepo y *La piel del diablo* (2002) de Jahel A. Peralta Mendoza.

En el presente texto abordaremos el análisis de cinco novelas desde distintos ángulos que se complementan. La guerrilla desde una perspectiva militar se despliega en *La agonía del león* (1980) de Mario Bahamon Dussan.<sup>3</sup> *La luna del forense (s/f)* de Gabriel Angel, reafirma las experiencias de la guerrilla de las FARC-EP. Un periodista trata de ofrecer una visión más racional y equilibrada del tema en *Lunes amargo* (2002) de Luis Cañón, mientras que *La tercera violencia* (1991) de Otto Sánchez

\* Director del Centre for Latin America and the Caribbean (CENLAC), The University of the West Indies, St. Augustine, Trinidad y Tobago. E-mail: <lancelotcowie@yahoo.com>

<sup>1</sup> Para mayores detalles consúltese Pablo González Rodas, *Colombia novela y violencia*, Manizales, Colombia, secretaria de Cultura de Caldas, 2003, p. 15. Edgar Bastidas Urresty, "Periodos de la violencia" en *La violencia universal*. Cali, Testimonio Biblioteca Universidad Javeriana, 1990, pp. 129-134. Jesús Antonio Bejarano, "La periodización de la violencia en Colombia" en Enrique Neira, comp., *La violencia en Colombia 40 años de laberinto*. Bogotá/Cali, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Interdisciplinarios, Programa de Estudios Políticos, 1989, pp. 71-77

<sup>2</sup> Las novelas frecuentemente analizadas para estudiar los periodos que corren de 1946 a 1966 son *El Cristo de espaldas* de Eduardo Caballero Calderón, *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo, *La mala hora* y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Zarpazo* de Evelio Buitrago Salazar, *El hombre que perdió su nombre* de Emilio Bastidas

<sup>3</sup> Cabe destacar que otros oficiales militares han escrito novelas sobre la guerrilla con perspectivas semejantes: Gary Prado Salmón, *El otro lado del puente*, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, Punto y Coma, 1989, capitán Jorge Álvarez Cardier, *Guerrilleros, cazadores y montañas*. Caracas, Impresos Santino, 1971, Luciano Jiménez Capote, *FAL 15306, novela de una década violenta*, Caracas, edición del autor, 1996. Cf Lancelot Cowie, "Humanismo y milicia guerrilleros, cazadores y montañas y FAL 15306 dos perspectivas venezolanas sobre la guerrilla", *Últimas noticias*, Información Nacional (Caracas), 8-viii-1996, p. 10

Tocaría suscita el debate indagando en las causas de la violencia y presentando descarnadamente el conflicto entre la guerrilla y los latifundistas. Finalmente, Armando José del Valle R. en su novela *Huellas en la labranza* (2000) describe a un pueblo del altiplano cundiboyacense y plantea una situación de violencia y crisis frente a las ideas sociopolítico-religiosas.

En *La agonía del león*, el protagonista, Jorge Pinzón, jefe militar, encabeza la campaña interminable de exterminar a los insurgentes; narra los encuentros bélicos entre los combatientes y las bajas que sufren ambos contingentes, precisando el campo de batalla con mapas y referencias geográficas reales que sustentan la verosimilitud de los relatos. La misión ciega de las autoridades es eliminar la guerrilla, flagelo de la población civil. La cacería se repite constantemente para acorralar a los rebeldes invisibles y parece que los soldados siempre ganan en las contiendas. Sus ultrajes cobran víctimas entre el campesinado inerme; por ejemplo, arrasan la choza de un guerrillero, queman viva en su interior a una madre y se apropian del hijo:

Al día siguiente, en la base, el teniente reunió a los soldados y les explicó lo sucedido, recabando que el cumplimiento del deber imponía, desgraciadamente acciones trágicas y tristes; pero los culpables eran los guerrilleros y no ellos. Él, como cristiano, era el primero en lamentar la horrible muerte de la mujer; pero eran acontecimientos de una violencia que el ejército ni había ocasionado ni mucho menos deseaba.

Envió una patrulla al pueblo para entregar el niño al cura, quien al recibirlo exclamó, con esa solemnidad prosopopéyica que imprimen los clérigos a ciertas frases cuando quieren darles visos de maldición:

—La violencia es cruel, salvaje, y, por consiguiente, deja en el alma hondas raíces, como heridas que nunca cicatrizan. Dios quiera que no haya venganza, ojalá, que no haya venganza —y con los ojos cerrados agregé—: ¡Dios mío, ¿qué más desgracias traerá esta violencia inútil, donde los inocentes llevan siempre la peor parte?<sup>4</sup>

Esta oleada de violencia continúa en *La luna del forense* relato que describe cómo los paramilitares obran con toda la saña, en las Navidades, matando y prendiendo fuego a los hogares de los campesinos sospechosos de complicidad con la guerrilla. El aguinaldo lo constituyen los muertos y un pavor permanente permea las zonas rurales obligando a muchos individuos de la comunidad a engrosar las filas de los subversivos.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Mario Bahamon Dussan, *La agonía del león* (1980), 3ª ed., Cali, Orquidea 1994, pp. 43-44

<sup>5</sup> Véase Gabriel Ángel, *La luna del forense*. 2ª ed., Santafé de Bogotá, Magdalena Medio, 2000, pp. 103-104

En *La tercera violencia* de Otto Sánchez Tocaría, el conflicto entre los terratenientes es motivo de una reunión de los partidos vejados para analizar y discutir las causas de la violencia. Hartos por el asesinato de sus allegados, por el boleteo y por la extorsión persistentes, deciden contraatacar con mayor violencia a través de la contratación de mercenarios armados: “El propósito es desatar una guerra contra los que nos imponen el flagelo”. Las discusiones revelan que la violencia en Colombia es el resultado de la inequidad:

—La violencia en Colombia no es ideológica [...] se origina en la mjusticia social porque muchos se cansan de luchar para que el presupuesto del jornal alcance para subsistir y cuando se convencen que es imposible se agotan las condiciones ciudadanas.<sup>6</sup>

Mientras tanto la lucha armada cobra muchas vidas inocentes y la respuesta sólo exacerba la crisis. Los bandos rivalizan en el uso de crueldad inaudita y descarnada. La venganza del hijo de hacendados asesinados le lleva a cometer la misma crueldad contra su anterior victimario:

—¿No te acuerdas de ese primero de enero cuando llegaste a la finca de mis padres, con otros hijos de puta y asesinaron a mi madre de un garrotazo? ¿No te acuerdas que le partieron una pierna a mi padre y le quemaron los testículos con ácido y finalmente lo remataron de un balazo en la nuca? ¿De eso no te acuerdas verdad? —dice a media voz con tono rabioso [ ] El pobre guñapo queda tirado sobre la roca con las extremidades fracturadas, ciego, con los testículos sancochados y expuesto al candente sol del trópico ecuatorial<sup>7</sup>

Valiéndose de los interrogantes retóricos, explora el pleno alcance del conflicto, esforzándose por lograr mayor realce dramático. A menudo asume un sesgo tendencioso retratando una guerrilla corrupta sin un norte ideológico, y se detalla reiteradamente la práctica de los modos impunes de ajusticiamiento de los campesinos. Los guerrilleros colaboran, además, en el tráfico de armas y en el narcotráfico:

Los objetivos económicos de la guerrilla y el narcotráfico por su dependencia y similitud son homogéneos; en esa identidad que los hace convivir cada uno aprende del otro estrategias propias del área en que se desempeña principalmente, por ello la lucha de los grupos subversivos cada día se desliza a ser más económica y la atracción de la filosofía política se va convirtiendo en un espejismo que sólo favorece a los jefes que poseen en bancos nacionales y

<sup>6</sup> Otto Sánchez Tocaría, *La tercera violencia*, Bogotá, Caribabare, 1991, p. 114

<sup>7</sup> *Ibid*, pp. 94-95 y 99

extranjeros cantidades exorbitantes de dinero producto del robo, la extorsión, el secuestro, el boleteo y de otras muchas actividades delictivas, entre ellas la del narcotráfico.<sup>8</sup>

El novelista utiliza pesados brochazos literarios para destacar las injusticias cometidas por los subversivos: abusa de las repeticiones de ideas y de los comentarios panfletarios de los personajes que son, además, poco convincentes como creación literaria; el autor interviene exageradamente quebrando el hilo narrativo. Pudo lograr mayor impacto con un estilo lacónico y fluido. Fustiga a todos los organismos y agencias que desempeñan un papel clave en la sociedad: la Iglesia, el Ejército, los funcionarios, los narcotraficantes, no escapan a su monserga corrosiva.

En *Huellas en la labranza* Armando del Valle denuncia a través de la voz de un cura lo inútil de esa violencia perpetrada contra un pueblo inerme; su condena a la guerrilla se manifiesta en una multiplicidad de preguntas retóricas que se ahogan, finalmente, en su propio llanto.<sup>9</sup> La guerrilla irrumpe en la plaza pública, sembrando el pánico y dejando una secuela de de trozo y muerte:

Un silencio tétrico se había instaurado en la plaza y sólo se oían los sollozos y rezos de la gente que permanecía en el centro de la plaza alrededor del padre José y de la volteada carroza de San Jerónimo. Los trotes de los guerrilleros montando sus barricadas, llevando los *rockets* y ametralladores, hacían de fondo en el sonido de la muerte que parecía recorrer los corazones de decenas de mortiñenses allí presentes.<sup>10</sup>

*Lunes amargo* de Luis Cañón es, acaso, la novela que mejor logra presentar el ambiente de violencia en Colombia. Con retazos poéticos, lirismo y suspenso dramático narra el conflicto que separa a las familias desalojadas por las sangrientas luchas rurales. El autor utiliza el recurso epistolar para mostrar el vínculo entre la guerrilla y el narcotráfico y los pingües beneficios que redundan en total beneficio de los insurgentes

Hola, padre, te saludo con mucho afecto. Por momentos me marea esto de ser jefe, un asunto que no estaba en mis cuentas iniciales. Te cuento que la Revolución se está volviendo millonaria, porque con la fiebre de la Pajarita hay plata por montones. Cómo será la cosa que andan diciendo que hasta el papá del comandante Efraín está dedicado a sembrar Pajarita en su finca.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 131

<sup>9</sup> Armando del Valle R., *Huellas en la labranza*, Bogotá, Carrera Séptima, 2000, p. 84

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 65-70.

Lo cierto es que acá tenemos claro que con la Pajarita se benefician los campesinos y los que se envenenan son los consumidores del Norte. Ésa es otra manera de hacer la Revolución y la guerra a los del Norte. Pero no sé, tanta plata nos va a terminar enloqueciendo. Cuando llegué hace unos años, teníamos unos fusiles viejos y no se podía gastar munición en las prácticas. Ahora, todos los días vivimos en cursos para aprender a manejar el armamento que nos llega de todas partes del mundo

No sé qué va a pasar, cuál va a ser nuestro futuro. Hoy amenacé a los campesinos con fusilarlos si no pagan el impuesto de la Pajarita y después me sentí mal. Recordé los fusilamientos que ordenó el Che en Sierra Maestra, y me di cuenta que fueron otros los motivos. Pero bueno, yo soy un alzado en armas y los tiempos cambian y cada revolución es diferente. A lo mejor se trata, más bien, de mi complejo pobre que anda suelto. Bueno padre, lo cierto si es que para bien o para mal, la Revolución está haciendo su agosto con la Pajarita. Te quiero mucho y pronto volveré a escribir.<sup>11</sup>

El asalto y la toma del Cuartel de San Francisco de los Colorados es la batalla más cruenta descrita en la novela; se plasman imágenes horripilantes del combate entre la guerrilla y los militares:

En medio del aguacero de plomo, sentí cuando estalló una granada que sacudió el suelo y las raíces de los árboles. Yo me toqué la cara, la cabeza, las piernas y me di cuenta que estaba bien, que no tenía nada. Pero unos metros adelante vi al Ratón retorcerse del dolor, mientras los otros compas se levantaban por los aires. El Ratón abrió la boca casi hasta reventarse, ahogando su propio grito, soltó el fusil y se llevó las dos manos al muslo derecho. El resto de la pierna parecía desprendida de su cuerpo, como si se la hubieran rajado con un hacha.<sup>12</sup>

La obra capta, de igual forma, el fragor de la contienda, el estruendo de las detonaciones, la estela de destrucción, muerte y agonía. Abundan las imágenes plásticas que retratan a los guerrilleros caídos:

Agustín vio a la distancia unas sombras que alzaban como bultos a las muchachas y muchachos de Efraín caídos en el combate, y los tiraban unos encima de otros en dos carretillas del cuartel, que los soldados usaban para mover los materiales en los días que construían los refugios. Una de las carretillas se volteó y los cuerpos se vinieron al suelo. Cayeron como titeres desgonzados. Otra vez los recogieron y los acomodaron mejor.

Agustín no los conocía [...] Mientras avanzaba con una soga al cuello que lo unía al resto de sus compañeros, Agustín observó entre la oscuridad al

<sup>11</sup> Luis Cañón, *Lunes amargo*, Bogotá, Norma, 2002, pp. 114-115

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 129.

Orejón, tirado en la zanja, con la cara amarrada con la pañoleta, mirando al vacío. Parecía una escultura hecha de carne.<sup>13</sup>

Lo más triste de estos encuentros bélicos son las víctimas de la comunidad cívica de San Francisco, resultando en el trauma y el despoblamiento de zonas aledañas.<sup>14</sup>

Luis Cañón recrea estratégicamente una historia de amor entre el militar cautivo y la guerrillera que lo vigila.<sup>15</sup> Este encuentro de un amor ideal entre víctima y victimario demuestra que la división de bandos no significa mucho cuando prevalecen los sentimientos personales y de unidad nacional como colombianos. Tal vez sea un mensaje para el pueblo esta historia de amargo final.

Todas las novelas cuestionan insistentemente los beneficios de la guerrilla pero ninguna ofrece una salida alternativa al problema. Se concentran en detallar los rasgos más cruentos y las batallas campales donde el indefenso campesino termina siendo la víctima más azotada de la violencia interminable y que, en definitiva, consume a todos. Sólo cabe pensar que el objetivo de concientizar se canaliza a través de esta reiteración interminable de los actos violentos.

<sup>13</sup> *Ibid*, pp. 138-139. Cf. Carlos Montemayor, *Las armas del alba*, México, Joaquín Mortiz, 2003, pp. 40 y 52-54, para una descripción del trato irreverente de los cadáveres de los guerrilleros muertos.

<sup>14</sup> *Ibid*, pp. 135 y 246.

<sup>15</sup> Esta clase de relación amorosa prohibida se reitera en el cuento de Hugo Ardila Ariza, "Prisionero de guerra", en *Prisionero de guerra y otros cuentos*, Bogotá, Giordano Bruno, 2000, pp. 51-59, con un desenlace igualmente trágico.